

Congreso Latinoamericano de Teoría Social / Teoría Política
"Horizontes y dilemas del pensamiento contemporáneo
en el sur global"
2 al 4 de agosto de 2017
Buenos Aires.

MESA 31 | Izquierdas Nacionales. Nacionalismos e izquierdas en Argentina y América Latina desde mediados del siglo XX hasta la actualidad

Coordinadores:

Sergio Friedemann (UBA-UNAJ-CONICET)

Nicolás Cardone (UBA)

Correo electrónico: izquierdasnacionales@gmail.com

Título e ponencia:

“El Pueblo hace al hombre. Arturo Jauretche y el nacionalismo”

Dr. Pablo E. Heredia

Prof. Titular de Literatura argentina II

Escuela de Letras. Facultad de Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

Resumen:

La imagen del intelectual es la figura que construye Jauretche para desarrollar el relato de lo popular y lo nacional. La referencia a la configuración política de los intelectuales liberales en la historia de la formación de un país colonial es el recurso lineal que postula para “decir” Pueblo como un acto concreto diferencial con respecto a la oligarquía. La producción de Jauretche a partir del golpe del '55 instala el nombre Pueblo como un dispositivo social que asume una identidad en la praxis de la resistencia vinculada al peronismo (Pueblo=Trabajador). Asimismo, Jauretche apela a la autorreferencialidad como construcción del intelectual portador de la voz Pueblo, dentro del relato de iniciación y aprendizaje. El enunciado “yo fui zonzo y me avivé” es una figura discursiva literaria que le permite postularse Pueblo, dentro de un diagnóstico referencial de su persona: el yo se constituye entonces en argumento de la verdad. Yo-Pueblo es entonces una configuración de verdad que construye una praxis de la realidad política que no necesariamente conlleva el componente Nación. Para Jauretche la Nación es una modulación histórica posterior a la construcción política y cultural que dice Pueblo.

¿Cómo no voy a desconfiar de los libros, si una patada aplicada en el momento y el lugar oportuno me dio más enseñanza sobre la realidad argentina que las bibliotecas enteras que entonces devoraba?

(Jauretche, 1986: 126)

El intelectual reo podía comprender.

El intelectual puro no.

(Jauretche, 1986: 126)

Los epígrafes fueron extraídos de un artículo de Jauretche de 1960 (publicado en *Nuestro Pueblo*, N° 5, 17 de agosto) que trata sobre los estudiantes universitarios, los fubistas. El aprendizaje posee una matriz transparente: la autorreferencialidad es la clave para transmitir la adquisición de un saber. La primera cita es la conclusión de una anécdota: en su juventud observó cómo un anarquista, prendido a un árbol, vociferaba sus ideas en solidaridad con Sandino; entonces, en una actitud de soberbia juvenil, se le ocurrió prenderle fuego para ver si se bajaba del árbol, pero un compañero del orador callejero le propinó una patada que acabó con su endiablada actitud de joven universitario. El anarquista le explicó luego sobre las contradicciones de la burguesía, del estudiantado, de los socialistas ilustres, en función de la realidad circunstancial, en fin, le hizo comprender la realidad. De allí que aprendió no en los libros sino en la calle. A Jauretche lo inició un anarquista, y su aprendizaje, de allí en más, se realizó en el trayecto de la calle. Inmediatamente después el narrador introduce otra anécdota personal: por la misma época aspiraba a diputado y consideraba que su imagen de intelectual era imprescindible para lograr ese cometido, pero un militante radical, para sorpresa del joven intelectual, percibió una figura contraria en el candidato, motivo por el cual conseguiría su apoyo. Jauretche se inicia entonces en el aprendizaje del antiintelectual, el de las alpargatas, el reo que aprende en la calle.

La trama del aprendizaje

El Yo-Pueblo primero asume su condición de “popular” y luego aprende a ser nacional: el yo-narrador alegoriza en su figura el proceso de nacionalización popular del país. El agente del aprendizaje se inicia en la configuración de la nación en tanto causa del pueblo. Se aprende la causa nacional. Pero el aprendizaje no es fácil porque posee antagonistas que le impiden acceder a ese conocimiento en un doble frente: por un lado la oligarquía a quien juzga ya como una fatalidad ya que defienden sus intereses, y por el otro, principalmente, los colonizados dentro de una especie de falsa conciencia, os que deberían ser sus aliados, como por ejemplo la clase media y sus intelectuales. La trama del aprendizaje no es diferente al habitual. El Yo que aprendió estaba en el otro lado porque carecía de un saber, el necesario para adquirir el poder de la asunción de una identidad (nacional y popular); por el contrario, hay otro desplazamiento, el de los supuestos ayudantes que emprendieron un camino a la inversa: aquellos que poseían un saber y lo abandonaron para convertirse en aliados de los enemigos. Para Jauretche, Lugones, Rojas, Palacios, desarrollaron un proceso de degradación que fue desde un pensamiento nacional (con algunos defectos salvables) hacia una posición contrario que se manifestó en la incompreensión del peronismo.

El proceso del aprendizaje pretende ser antisarmientino. En *Recuerdos de provincia* Sarmiento estructuró su relato de iniciación con los libros en su condición de niño pobre que leía debajo de una higuera mientras su madre tejía; este aprendizaje solitario se sostuvo casi sin adversarios, con excepción de aquellos provenientes de la naturaleza: la lluvia, el zonda, la distancia. A grandes rasgos, posee la misma trama de *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, en donde se aprende a ser gaucho con éxito porque sus oponentes se reducen a problemas de una naturaleza dócil y la rudeza de los trabajos de campo, y no a patrones desalmados o a la injusticia social que deriva en la pobreza. Jauretche trama su relato desde el otro lado: un joven provinciano de familia burguesa que vive en un pueblo sostenido socialmente en un sistema de educación que desdeñaba jerárquicamente los saberes populares del campo o del pequeño pueblo (Lincoln). De hecho, su juventud transcurre en la ciudad como estudiante universitario, y a partir de allí, desde un par de sucesos epifánicos, toma conciencia de su alienación nacional y popular: entonces aprende, se inicia en el campo intelectual. Aquí está la base inicial de su antiintelectualismo: solo es posible asumirse antiintelectual dentro del campo intelectual. Sarmiento no desarrolla su juventud en el campo intelectual, no solo porque en San Juan

no existe, sino también porque el sanjuanino hiperboliza su yo para enfatizar su aprendizaje desde la nada. Si Sarmiento recalca su autodidactismo en su relato de iniciación y aprendizaje, Jauretche, en cambio, hace hincapié en su formación institucionalizada, la escuela primero y la universidad después: solo se puede estar en contra de los libros desde una biblioteca.

El paisaje del aprendizaje

La iniciación arranca a través de una anécdota fundacional: el joven fubista recibe una patada aleccionadora por parte de un anarquista. El golpe, símbolo de un ajuste corrector de un adulto a un niño, se configura como la epifanía de un cambio en el recorrido del aprendizaje.¹ La anécdota siguiente es la de los fubistas de los años 40 y 50, antiperonistas marxistas que se atribuyen la generalidad de su generación. El “error” generacional es el error de los jóvenes universitarios de clase media que aspiran el sudor de los obreros cuando los tienen lejos, como por ejemplo Cuba. (Jauretche, 1986: 112)

El saber se construye en la anécdota y se basa en la recepción por parte que ofició de maestro: alguien le transmitió un saber, no se descubrió individualmente. Y la acción, en consecuencia, se produce en un lugar definido, en el escenario de la patria. Desde la perspectiva de la oposición adentro/afuera, como miradas que configuran al escritor-intelectual en la superestructura, se matiza el paisaje de la experiencia en una acá/allá como modalidad que inserta el lugar de lo nacional/colonial. Jauretche alegoriza el “campo nacional”, como categoría de análisis político, en su sentido casi literal: es el “campo” como territorio de acción social. La metáfora es irónica y le sirve para construir la escena en donde se mueven los agonistas de la historia intelectual. “He dicho Borges y he

¹ La actitud del narrador Jauretche asume también la performance del maestro de la juventud que él mismo critica, pero desde otro lugar, el del viejo maestro criollo: “‘Porque te quiero te aporreo’. Es un refrán muy viejo y que oí muchas veces de niño después de recibir algunos coscorriones. Tiene un sentido irónico y cariñoso a la vez, y nada de común con aquello de que ‘la letra con sangre entra’ que es dogmático y petulante. Más bien es un consuelo sobre el castigo, una especie de satisfacción moral que se da al castigado desde la ternura misma. Es casi como decir ‘me duele más que a vos’. Es lo que me pasa con los muchachos a quienes yo llamo fubistas. Algunos han aceptado mis habituales coscorriones y hasta me lo agradecen. Los más no me lo perdonan. Pero yo creo que les he sido útil en el encuentro con los verdaderos problemas argentinos y en el modo de encararlos. (...) Castigándolos a ellos he castigado a otros y a mí mismo, porque ‘anche io sonno pittore’. ¡Yo mismo he sido fubista y he padecido los mismos errores!” (Jauretche, 1986: 109)

dicho Mallea por nombrar a quienes se fueron del campo nacional que empezaban a pisar, eligiendo el piso fácil.” (55)

Los trayectos se proponen a la inversa según los protagonistas. El aprendizaje de lo nacional, en el territorio de la acción política, se construye desde la ignorancia hacia la adquisición de un saber que no está en los libros; el trayecto inverso, en cambio, se produce desde un saber cotidiano que gradualmente se va perdiendo hasta llegar a la ignorancia de los libros ajenos, “el piso fácil”. El piso difícil estaría en el reconocimiento de los modos de saber de la cultura popular. El “iletrado” conoce, sabe, está en movimiento porque el acto de estar en la acción cotidiana le imprime un saber: “La cosa consiste en hacer lo que hace el iletrado; en razonar de aquí para allá; de mi pueblo a mi provincia, de mi provincia al país y del país hacia el mundo y no al revés.” (1986: 113) La inducción es el método del saber nacional, la deducción es el modo de la ignorancia colonial.

Este piso fácil es el que está lejos, exótico, irreconocible: “Aislados por completo de la realidad nacional, solo les ha afectado lo episódico y adjetivo en reacciones personales... lamentables ecos en los que se ve la sórdida irritación de los ‘incomprendidos’ y el desprecio por un país al que se sienten desterrados desde otro, perfecto e indeterminado, al que ni siquiera hay esperanzas de pertenecer... En ellos será incidental la referencia a un hecho local, a la geografía, a la economía, a la sociedad en que viven. Citan autores y autores y lo remiten constantemente a uno a hechos políticos ocurridos a millares de kilómetros en paisajes y con nombres distintos, bajo circunstancias distintas, cuando no inversas, sin que el lector pueda reconocer, en el vertiginoso caleidoscopio, una cara conocida por una experiencia vital, una imagen parecida a las que le brinda la naturaleza que lo rodea. Nunca pasará ante el lector el retrato, el paisaje, la anécdota, el episodio vivido, la enseñanza de la naturaleza o de los hombres, ese contacto vivo que hace reconocer al combatiente de las letras como un hombre de los bandos argentinos.” (Jauretche, 1983: 64) El ejemplo de sus referencias puede ser Mahatma Gandhi, “un sucio caudillo de una plebe sucia al que hubieran llamado ‘nipo-nazi-falanjo’...” (65) Es decir que persiguen la abstracción, de los pueblos, de los peones, de los trabajadores, pero lejos: “están con la humanidad” pero no con lo humano. Por último, la enseñanza concluye como moraleja del maestro que se ensucia en el lodo del pueblo: “...Nuestros intelectuales solo expresarán la inteligencia cuando sean expresión de la propia realidad. Cuando, con humildad de ‘cabecitas negras’ comprendan que ellos también son, en el

mundo, 'cabecitas negras' y que el esfuerzo intelectual consiste en dar una cada vez más alta expresión del 'cabecita negra'." (65)

Estos cabecitas negras renegados son los pedagogos (Mantovani), los maestros de la juventud (ex reformistas universitarios portadores de la *intelligenza*), los arieles (consecuencia del anterior, radicados en La Nación y La Prensa, agentes del imperialismo inglés que compite con el norteamericano), los figurones (escritores e intelectuales sobrevalorados por la prensa, parodiados por Cancela y Gerchunoff y denunciados por los forjistas), los académicos (miembros de las Academia de historia y de letras, hombres "honorables" sin más).

Antagonistas de papel

Jauretche introduce en su relato la noción de alienación cultural. El que no aprendió, e incluso el que desaprendió, se ha mantenido por fuera de la conciencia nacional como un alienado, en el sentido del que no puede ver porque ha sido colonizado pedagógicamente.

Desde una posición sartreana, Jauretche juzga a los escritores alienados: "De esto de del arte por el arte ha salido una cómoda muletilla que es la del arte no comprometido, que responde en realidad al compromiso de no comprometerse... hasta que ordenen los que pueden. Si esta alienación ocurre en las metrópolis, con mucha mayor razón se repite, y multiplicada, en los países coloniales y semicoloniales, pues el alimento cultural importado se suma el deslumbramiento provocado por la visión de la metrópoli como centro, deslumbramiento que impide la contemplación y comprensión de lo cercano." (52) Veamos entonces que el alienado no puede ver cerca, ve lejos, y lo que está lejos lo toma como algo natural de sí mismo, por eso tiene la miopía para ver de cerca y por ende, lo propio. La oposición cerca/lejos marca el aprendizaje de lo nacional, que se conjuga con el método planteado anteriormente sobre la inducción y la deducción. Inducción-cerca-nacional/deducción-lejos-colonial dentro de la construcción mental alienación/conciencia. La alienación del escritor colonial se puede observar en la humillación que sufre, aunque sin ser conciente de ella: "El escritor se siente instalado en un despreciable suburbio del mundo, mejor dicho desterrado, y desde su destierro mira a sus connacionales como inferiores. Ignorando que él, a su vez, es visto de igual manera desde las metrópolis..." (52) El escritor colonizado, alienado por la cultura de la metrópolis, es una variante del Droctulft borgeano que se ha obnubilado por la "civilización" y no quiere que sea destruida

en manos de la barbarie de la cual proviene. Ahora bien, para Borges Droctulft fue un tráfuga, no un traidor, es decir alguien que se fugó al otro lado y desde allá fue venerado (posee al respecto una inscripción en su tumba); para Jauretche, el escritor colonizado puede ser un tráfuga pero no un traidor, porque para la traición es necesaria la conciencia de haber pertenecido alguna vez a una de las partes.

Sin embargo, si bien los enemigos del pueblo del pueblo se cuentan en las filas de la oligarquía, que para Jauretche en última instancia son legítimos porque defienden sus intereses de clase, la cuestión pasa por sus amanuenses de la burguesía, del medio pelo, quienes trabajan para ellos renegando de sus condiciones.

En suma, el problema se desarrolla para Jauretche en el plano de la superestructura, por eso el escritor colonizado no es culpable completamente (no hay peor ignorante que el que no quiere aprender), ya que el sistema educativo y los medios de comunicación lo han alienado formando una falsa conciencia. Esta falsa conciencia la aplica Jauretche para designar al intelectual como un desclasado, “el intelectual químicamente puro”.

Los mártires

Así como el relato de aprendizaje posee sus antagonistas también posee sus mártires, denominados por Jauretche como “los malditos”, aquellos que fueron fustigados por la dictadura, derrotados por la barbarie de la letra colonizada. Entonces Jauretche invierte los términos, sin hacerlo explícito, de la oposición Civilización/Barbarie. Los bárbaros serán por añadidura los antiperonistas, las dictaduras, los intelectuales que aborrecen y luchan contra el pueblo. Armando Cascella y Homero Manzi entre otros serán los mártires ejemplares: una muestra señera de la censura y la persecución fue la quema de libros por la Libertadora.

Si los antagonistas pusieron con cobardía la letra de odio para combatir al pueblo y la nación, los agónicos héroes pusieron con valentía sus letras desde el cuerpo, lo que los llevó al martirio, manifiesto concretamente en la persecución, la cárcel y el ostracismo.

Jauretche plantea que el acto de poner el cuerpo se configura en un saber que en la trama de sus argumentaciones políticas se configura como una epopeya popular. Existe un saber de los cuerpos que el peronismo ha visibilizado otorgándole una razón política. El cuerpo es político y su expresión está en la palabra Pueblo, cuyo contenido se

racionaliza en el peronismo. Por eso el saber del polemista se funda en la palabra del cuerpo, un modo de decir la lucha popular.² Y cuando la polémica, la guerra de las palabras que *sacuden* las ideas y deconstruyen los saberes, se agota en la violencia de la humillación moral, se pasa a la polémica del cuerpo, la guerra de igual a igual (la que fue suspendida por la hegemonía de la superestructura de la colonialidad), y se juega la vida.

La voz del cuerpo y la deconstrucción de la colonialidad

Galasso refiere que Jauretche dictaba sus textos. Esa oralidad marca un registro en la construcción de su lector: ¿el pueblo semianalfabeto o la burguesía colonizada? De alguna manera esta retórica de la oralidad, o simulación de escritura, trata sobre la construcción de un mito de escritor: el escritor que no escribía. Michel De Certeau al abordar la construcción del pueblo en el siglo XVIII francés³, afirma que al pueblo se le adjudicó la propiedad de cantar para obviar la política; en cambio, en la obra de Jauretche el pueblo habla y en el acto de hacer sonar la voz hace política, su racionalidad está en la palabra que dice su cuerpo a través de la voz.⁴

El yo-agente-del-aprendizaje logró aprender-comprender. El paso siguiente es la acción performativa que consiste en la configuración del maestro. No es el maestro ciruela que menciona varias veces en su carácter deformativo de la enseñanza, sino el del *zongo que se avivó* y transmite sus búsquedas y encuentros. El saber se obtuvo no en el sistema educativo formal sino en la experiencia, en la práctica cotidiana, y es precisamente aquí donde cala Jauretche para afirmarse en su retórica oral. A la manera de una deconstrucción del sistema reproductivo de la educación, como señalan Passeron y

² Según sus biógrafos, entre ellos Norberto Galasso, Jauretche ponía su cuerpo a disposición del honor de sus palabras cuando retaba a duelo a sus contrincantes. El duelo es una acción de la moral que está incrustada en el cuerpo, se defiende el honor de la palabra con la puesta en escena de la posibilidad de la muerte.

³ A finales del siglo XVIII, señala De Certeau en “La belleza del muerto”, los sectores intelectuales de la clase dirigente francesa construye al pueblo como el campesino salvaje del interior, al que se o despoja de la palabra para domesticarlo. En consecuencia se lo idealiza negándole la palabra pero haciéndolo cantar. El pueblo dócil, alejado de las ciudades industriales, canta, y por lo tanto hay que cuidarlo para preservar sus expresiones: allí nace el folklore. (De Certeau,

⁴ Trabaja Jauretche con la frase que inmortalizó Soriano primero y Fabio después: *siempre fui peronista nunca me metí en política*. El contexto lo provee el imaginario peronista a través de su slogan *Alpargatas sí, Libros no*, en donde el saber de las alpargatas se sucede con la frase de Perón cuando sostenía que *el órgano más sensible del ser humano es el bolsillo*, refrendando el saber de los libros.

Bourdieu, Jauretche apunta al sistema de la superestructura del poder intelectual y de los medios de comunicación. Al respecto, se trata del efecto simbólico, y su acto de poder, de imposición de un sentido (el legitimado por la oligarquía), que siembra el desconocimiento de las relaciones de fuerza, a decir de los investigadores franceses, entre las clases dominantes y las dominadas. (Grignon y Passeron, 1991: 23) El saber aprendido en la informalidad le otorga la condición de “Maldito” y de monstruo de la intelectualidad, alguien que al develar los mecanismos de la reproducción de un sentido en función de la colonización pedagógica, está por fuera de las convenciones académicas y de los “círculos” de los figurones y de los académicos.

Hay un pueblo que está al margen del sistema educativo colonial, y es desde esta frontera que se puede acceder a ese otro-saber. Si bien el antiintelectualismo es imposible ejercerlo desde un lugar por fuera del espacio intelectual (no hay intelectual exterior al campo intelectual: en el nombre está su identidad), Jauretche construye esa figura para competir desde la negación la lucha por la hegemonía). ¿Es posible hablar sobre el pueblo desde el pueblo? Jauretche no se plantea esta pregunta, aunque en el acto de enunciación sugiera resolverla en el testimonio, la observación, el relato ejemplar, la anécdota, la oralidad. ¿Al decir pueblo lo hace desde su interior? Jauretche dice pueblo como interpretante e interlocutor, y para ello utiliza los mismos recursos retóricos del habla popular. El acto de reencarnación de un saber popular, que es preexistente, lo configura autorreferencialmente en un narrador-testigo que buscó y encontró, no a través de los libros sino de la observación directa, contrapunteando entre lo observado y su experiencia con lo observado: se trata de un *yo aprendí de ellos*, y si bien estaba predispuesto a ignorarlo debido al embrutecimiento provisto por la superestructura de la colonialidad que había sorbido de la universidad, *corrí el riesgo de volver*, es decir, de poner el cuerpo.

Conclusión.

La imagen del intelectual es la figura que construye Jauretche para desarrollar el relato de lo popular y lo nacional. La referencia a la configuración política de los intelectuales liberales en la historia de la formación de un país colonial es el recurso lineal que postula para “decir” Pueblo como un acto concreto diferencial con respecto a la oligarquía. La producción de Jauretche a partir del golpe del '55 instala el nombre Pueblo como un

dispositivo social que asume una identidad en la praxis de la resistencia vinculada al peronismo (Pueblo=Trabajador). Asimismo, Jauretche apela a la autorreferencialidad como construcción del intelectual portador de la voz Pueblo, dentro del relato de iniciación y aprendizaje. El enunciado “yo fui zozzo y me avivé” es una figura discursiva literaria que le permite postularse Pueblo, dentro de un diagnóstico referencial de su persona: el yo se constituye entonces en argumento de la verdad. Yo-Pueblo es entonces una configuración de verdad que construye una praxis de la realidad política que no necesariamente conlleva el componente Nación. Para Jauretche la Nación es una modulación histórica posterior a la construcción política y cultural que dice Pueblo.

En este relato de aprendizaje, Jauretche construyó su personaje al margen del Estado. Si bien en el primer peronismo ocupó algún cargo bajo el gobierno de Mercante en el banco de la provincia de Buenos Aires, luego se recogió en el periodismo, y desde allí actuó con su personaje polémico. Jauretche, joven vanguardista colega de Borges en los años 20 y 30, apela al vitalismo juvenil: la política es vital y está en las calles, fuera de los museos, de las instituciones educativas y de la gestión del Estado; el pueblo está en esa vida.

Lo nacional se aprende, lo popular es preexistente.⁵ El pueblo es una entidad que es cuerpo de una vivencia que se experimenta en los sectores humildes y en las organizaciones políticas y sociales. Si el pueblo sabe que es pueblo, los intelectuales y algunos políticos no saben ni siquiera de qué lado están: desclasados por elección, la ignorancia es una fatalidad. La novela de aprendizaje posee esta matriz, se aprende lo que hay que construir: la nación. No se aprende una emoción, la subjetividad de la pertenencia a una colectividad. Jauretche apunta entonces al aprendizaje de lo nacional, visibilizando un saber que deconstruye la alienación cultural y la falsa conciencia política.

⁵ Al respecto, Domingo Ighina afirma: “Jauretche no busca sistema donde hay ‘hecho’. Vale decir elude la declamación de ‘esencias’ y opera desde ‘lo que está’. (...) Su idea de nación es un proyecto aún desconocido para todos, pero que se muestra como un vocerío plural y heterogéneo, aunque subterráneo. Su emergencia histórica se da en un vector emocional que ‘revuelve’ los diseños intelectuales y políticos del estado. Pensar desde esa emergencia es la propuesta de Jauretche. Configurar un vector intelectual despojado de arbitrarios y violentos proyectos de poder... (...) La heterogeneidad del ‘pensamiento nacional’ y la inestabilidad del ‘método’ jauretcheano impiden pensar, entonces, en un nacionalismo popular, por la sencilla razón de que esta ideología es un pensar afirmativo, que busca diseñar y consolidar un proyecto sociocultural conservador y tradicionalista.” (Ighina, 200: 24)

Bibliografía

DE CERTEAU, Michel: 1999. *La cultura en plural*, Bs. As., Nueva Visión.

GALASSO, Norberto: 2014. *Jauretche. Biografía de un argentino*, Buenos Aires, Colihue.

GRIGNON, Claude y PASSERON, Jean-Claude: 1991. *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Bs. As., Nueva Visión.

IGHINA, Domingo: 2002. "Jauretche antinacionalista", en TORRES ROGGERO, Jorge (Ed.), *San Jauretche. Para pensar la realidad nacional*, Cátedras de Literatura argentina I y II, FFyH, Universidad Nacional de Córdoba.

JAURETCHE, Arturo: 1983. *Libros y alpargatas. "Civilizados y bárbaros"*, Buenos Aires, Los Nacionales.

_____ : 1986. *Filo, contrafilo y punta*, 1986, Buenos Aires, Peña Lillo.

_____ : 2008. *Los profetas del odio y la yapa*, Buenos Aires, Corregidor.

RANCIÈRE, Jacques: 2011. *Política de la literatura*. Bs. As., Libros del zorzal.